



EL SECRETO
TRAS LOS SUSURROS

Antonio Fernández Aguilar

EL SECRETO
TRAS LOS SUSURROS



Primera edición: noviembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio Fernández Aguilar

© Diseño de portada: Manolo Pastorino Gómez

ISBN: 978-84-18958-46-5

ISBN digital: 978-84-18958-47-2

Depósito legal: M-31138-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi esposa y mi madre,
las dos personas más importantes de mi vida*

Agradecimientos

En primer lugar, agradecerle a mi esposa la paciencia que ha tenido conmigo durante el tiempo que he estado escribiendo por las noches, con la luz encendida.

Después agradecerle a mi madre la ayuda que me dio mientras estuvo viva, ya que creía mucho en mí, ¡más que yo mismo, incluso! También darle las gracias a mi padre y mi familia, que me han apoyado siempre.

No quiero dejar atrás a mi amigo Manolo Pastorino, por su preciosa portada. Es una máquina en las figuras customizadas por él mismo.

Gracias a mi amiga Marisa, que me presentó el mundo de la lectura de forma tan agradable que no pude resistirme a intentar entrar en él.

A mis amigos Brocal y Moragas, que me ayudaron con sus ideas. Y haciéndome pensar cuando estuve atrancado.

Seguro que me he dejado gente atrás, mil perdones. Pero, como sabéis, tengo la cabeza un poco loca y se me olvidan las cosas...

1

22 de diciembre del año de Nuestro Señor 1893

¡Lo siento en mi interior! Oigo los susurros en mi cabeza. Los oigo constantemente. Al principio me pedían cosas normales, pero ahora... ¡Dios mío! Ahora me piden cosas aviesas. Me piden sangre, muerte... No creo que pueda seguir soportándolo durante mucho más tiempo. No sé si... ¡Aaah! ¡Esto va más allá de mis fuerzas! ¡No puedes pedirme esto!

Los susurros. ¡Los susurroooooosss!

Día 14 de diciembre del año de Nuestro Señor 1893

El sol caía por el horizonte lentamente con un fuerte color rojo, augurando un amanecer frío. El coche de caballos en el que viajaba, acompañado de una señora y su esposo, traqueteaba por los caminos a un paso no muy ligero. Los equinos se encontraban abatidos después de aproximadamente ocho horas tirando de él sin descansar. Pronto pararían en un pueblo llamado Thun, en el que podrían refrescarse un poco, comer y dejar que los caballos descansasen para continuar el viaje al día siguiente.

Eran tiempos difíciles para los viajes largos por tierras extrañas. La sombra de los bandidos y los ladrones se notaba en el comportamiento de sus compañeros. Aunque intentaban hablar de forma distendida sobre cosas triviales, mantenían sus bolsas de dinero escondidas en bolsillos secretos bajo el chaleco o la falda, junto con una pequeña pistola. Ese mismo temor se lo habrían traspasado a Parsifal, ya que, al igual que ellos, guardaba su dinero a buen recaudo. Ahora él pensaba en sus pertenencias, que estaban en el techo y que brincaban con los botes que daba el coche. Llevaba ropa de buena calidad y enseres para su nueva vida que se disponía a disfrutar en la nieve. Mientras pensaba en esto, sin saber por qué, recordó la última conversación que tuvo con su padre hacía tan solo dos días:

«Nos encontrábamos en el club de ajedrez jugando unas partidas juntos. Era la tercera vez que perdía contra él. Se podría decir que era un hombre estiloso y recto para su edad, tanto en conducta como en postura. Más de una vez llegué a pensar que se había tragado un bastón de los suyos de lo recto que caminaba y se sentaba. Su forma de ver el mundo se había quedado atrás, cuando era joven y había participado en la guerra civil donde el ejército protestante, liderado por el general Dufour, aplastó en tan solo veintiséis días la Liga Especial de los cantones suizos. Esto acabó con el que se gobernarán los cantones a sí mismos, tuviesen su

propia moneda y sus propias fronteras. Pero todo eso cambió en 1858, año en el que la Confederación Helvética adoptó su carácter fuertemente federal. Él tendría aproximadamente treinta y ocho años cuando ocurrió aquello y ahora tenía una buena vejez a los sesenta y siete. Se vio beneficiado con un buen número de tierras en Berna, la nueva capital de Suiza, por lo que llevábamos una vida más que desahogada. Se podría decir que pertenecíamos a la flor y nata de la ciudad. Esto se notaba en el bigote bien poblado y la barba que llevaba con mucho orgullo mi padre. Siempre vestía los trajes típicos de la región. Chaleco de colores brillantes, como el rojo, y camisa blanca a juego con un bordado en el pecho. Pantalones de colores llamativos y medias de lana a juego. Yo, en cambio, prefería el estilo de vestir inglés. Chalecos claros y camisas con el frente rígido, corbatas oscuras y chaqueta negra. Aunque estaban de moda el bombín o el sombrero de copa, no los solía usar, más bien un peinado corto. Sobra decir que mi padre veía esto como una abominación y que creía que lo hacía para hacerle daño o avergonzarle ante los demás. Por eso no me dejaba ganar ni una sola vez al ajedrez. ¡Disfrutaba humillándome y vanagloriándose ante el resto de la gente!»

«Salimos del club después de cuatro derrotas seguidas. Todo lo más que me acerqué a ganarle fue una vez que lo llevé a jaque, sin darme cuenta de que suponía para mí jaque mate. Tras esto, empezó a recriminarme que no terminase mi carrera de Medicina en la Universidad de Berna y que me dedicara a ser periodista de una revista más sensacionalista que de noticias rígidas y constatables. Pero me encantaba ese mundo, y para llegar a una revista o algún periódico de renombre primero tenía que pasar por estas revistas no muy respetables, hasta que se fijase en mí algún ojeador de alguna editorial».

«Camino a casa se podía escuchar en las calles a las ocho de la tarde en diciembre el eco de los zapatos al andar y el sonido de cascos lejanos de los coches de caballos que rompían el silencio por las calles empedradas, además de la voz del sereno mientras movía

las llaves, bien preparado para la nieve que comenzaba a caer ligeramente. Sin esperarlo, mi padre comenzó a decirme:

—Hijo, ya va siendo hora de que dejes esas tonterías a las que te dedicas, con esas revistuchas de mala muerte, y terminar tu carrera de Medicina. Hoy mismo he hablado con mi buen amigo el doctor Rudolfo Muller y estaría dispuesto a hacerte un hueco como becario en su consulta. ¡Hasta estaría dispuesto a pagarte si tienes buenas cualidades desde el principio! —su rostro era agudo y su mirada penetrante—. Si no lo haces, me veré obligado a tomar medidas.

—Padre, con todo el respeto que le tengo, solo puedo contestarle una cosa... —le dije con el rostro compungido, por lo que ya esperaba fuese su ultimátum—. Me debo a la noticia. Ahora mismo he entregado un artículo que, aunque suene novedoso, es totalmente fiable y puede que me dé paso a un periódico más serio.

—¿Y qué noticia vas a escribir? ¿Que anda suelto un asesino en serie de mujeres que tengan la falda de color azul, como la última vez? ¿O tal vez que la gente tiene que ir al Circo de las Maravillas a ver a sirenas y demás seres monstruosos que luego se demostraron que eran falsos? —se burlaba de mí, con ese tono de sabelotodo que usaba casi siempre conmigo.

—Pues es una gran noticia. Se ha patentado el primer coche de gasolina por el alemán Karl Benz. Viaja a una velocidad de dieciséis kilómetros/hora. Es un triciclo motorizado con un motor de cuatro tiempos y un cilindro de desplazamiento horizontal de novecientos cincuenta y ocho centímetros cúbicos. Con él puede alcanzar una potencia de casi un caballo. Es posible que no sea gran cosa ahora mismo, ¡pero es el futuro! Pronto los veremos por todas partes y sustituirán a los coches de caballos y...

Una carcajada asimétrica y chillona, como nunca le había oído expulsar por su orgullosa boca, me heló la sangre. Acto seguido, mirándome con ojos de un animal salvaje, me dijo:

—¡Ni se te ocurra publicar esa noticia! Eso son falacias. ¿Cómo se te ocurre pensar que ese inventucho va a sustituir a nuestro

hermoso sistema de coches de caballos? ¿Crees que será como ese modelo de vapor? No llegó a ningún lado y esto será igual —aseveró como si sus palabras fuesen leyes divinas.

—Puede decir lo que quiera, pero creo firmemente en ello y pienso publicarlo. De hecho, ya está en imprenta. Para mañana estará en las calles.

—Me obligas a tomar la decisión que más me ha costado tomar. Te voy a desheredar si sigues con esa vida de hombrezuelo de tres al cuarto. Te propones llevar una vida mediocre en vez de seguir una vida honrosa. ¡Pues así sea! —sentenció con tono de juez—. Tienes dos días para hacer las maletas. A partir de ahora vivirás con tu sueldo de escritor de pacotilla hasta que sientes cabeza. Piensa que tú me has obligado.

—Como vos queráis, señor —dije, como si hablara con un extraño—. Se hará como habéis decidido. Pero pensad que no tenéis otro descendiente más que yo, y juro por Dios Nuestro Señor que si me desheredáis me cambiaré de apellido y no volveréis a tener noticias mías. ¡No tendréis a quien dejar vuestra fortuna y vuestro apellido morirá con vos! —en ese momento hablaba totalmente en serio.

Al principio mis palabras lo dejaron mudo durante unos momentos, pero después empezó a enrojecer y, como si de una máquina que expulsa vapor hirviente por la chimenea se tratase, sus palabras no fueron menos dañinas.

—¡Joven engreído! ¿Quién te crees que eres para amenazar así a quien te ha dado la vida y te ha criado, queriendo darte una educación superior para destacar entre los demás?! ¿Y por el sueño de ser escritor que se ha quedado en columnista de una revista de envolver pescado intentas que ceda a tus amenazas? ¡Desaparece de mi vista ahora mismo! ¡Vete a casa y no esperes que tu madre te salve como en otras ocasiones! ¡No se te ocurra volver a dirigirte a mí! ¡A partir de ahora no eres mi hijo! Pero cumpliré con mi palabra. Tienes dos días para irte, pero ni un día más. ¡He dicho!

Sin dudarle un momento aceleré el paso y lo dejé atrás murmurando y hablando sobre lo desgraciado que iba a ser mi futuro. La nieve caía ahora con un poco más de fuerza, acumulándose en el pavimento y las aceras que aún guardaban un poco de calor del día, produciendo una especie de espejismo de niebla. Más de un carro se paró junto a mí para ofrecerme un techo y transporte. Pero con un movimiento de manos y una sonrisa los despedí, ya que necesitaba pensar y que se me fuesen bajando los humos después de la conversación.

Pasado un rato, en el que di un par de vueltas a la manzana, llegué a mi casa, o la suya, según los últimos acontecimientos.

Era una gran casa con, en teoría, el escudo de la familia tallado en piedra, bendiciendo la fachada con sus dos guadañas cruzadas (para mí, signo de la muerte). Era el símbolo del apellido del que tanto se enorgullecía mi padre: Meier o, traducido, Mayor. Él se sentía así, «mayor», más grande que los demás, algo que yo odiaba. Para más lujo, poseía dos columnas de mármol en forma de espiral escoltando la puerta de madera pulida y barnizada, claveteada con grandes clavos dorados como si fuesen de oro. Pero no dejaban de ser tan falsos, como el estilo de vida que pretendía mostrar a los demás mi padre. Siempre invitando a fiestas a personas que le podían hacer favores o terratenientes con sus jóvenes esposas vacías, que se dedicaban a despellejarse unas a otras mientras las afectadas no estaban presentes para poner de nuevo buena cara al encontrarse con la dañada. Sonrisas de serpientes tras abanicos de plumas. Pero así es este mundo al que no quiero pertenecer, hueco, vano, vacío y putrefacto. Yo prefiero ganarme la vida trabajando honradamente, aunque sea en un trabajucho no muy bien pagado, como decía mi padre, pero con el que después de mi jornada pueda observar el sudor de mi frente y sentirme lleno y con la conciencia limpia.

Por fin decidí entrar con mi copia de la llave y, para mi sorpresa, ya había llegado mi padre, quien hablaba con mi madre a plena voz. Todavía recuerdo las palabras que como cuchillos se clavaron en mi pecho: «Tu hijo, al que has malcriado con tu amor de ma-

dre, es un holgazán, un inepto, un vago y un cobarde que no es capaz de tener un trabajo honrado con el cual plantearse un futuro como es debido. Debíamos haberlo enviado al colegio militar al que quise mandarlo cuando era pequeño, en vez de haberlo tenido aquí a tus faldas. ¡Ja! ¡Otro gallo cantaría entonces...!». Cerré con fuerza la puerta para que supiesen que había llegado y detener la conversación. Así fue como pasó. Mi padre, más por no cruzarse conmigo que por otra cosa, se marchó a su despacho a ahogar sus penas en brandy. Mi madre, por otro lado, me miraba con lágrimas en los ojos y la mano derecha en el pecho. Su débil cuerpo no estaba para esos malos ratos, por eso no consiguió hilar una sola palabra. Se encontraba muy alterada, así que me acerqué a ella y le besé la frente. Le cogí la mano que tenía en el pecho y se la acaricié suavemente. Luego la puse sobre el mío, en el lugar donde debía estar mi corazón y donde ahora solo se encontraba un músculo muerto por la tristeza. No me iba a ir a la guerra, pero al igual que el soldado que parte para la batalla, tampoco sabía cuándo iba a volver, dejando una madre sin hijo en vida por culpa del orgullo de un padre demasiado severo. Tampoco sabía qué sería de mí, pero lo que sí intenté hacerle saber con mis palabras era que, estuviese donde estuviese, estaría haciendo lo que yo quería para mi vida.

—Madre, sabes que te quiero más que a cualquier otra persona en el mundo, pero no puedo vivir junto a él, ni él conmigo. Me desprecia por lo que soy y lo que quiero ser. Ambos tenemos mucho carácter y hoy hemos dicho cosas que no se pueden reparar a corto plazo. Nos hemos herido y las heridas deben sanar y no lo harán si estamos juntos quitándonos las costras con el puñal de nuestras palabras —intenté que mi tono fuese el más tranquilizador del que podía hacer acopio—. Madre, mañana tomaré una decisión para saber a dónde ir, pero sea donde sea, te amaré siempre como ningún hijo antes ha amado a otra madre.

Una vez ya más tranquila, se sentó en una de sus butacas tapizadas en piel y, tras abanicarse durante unos minutos, sacó fuerzas para hablar conmigo.

—Hijo mío, sé por lo que estás pasando. Tu padre ha sido muy estricto contigo siempre. Tal vez porque has sido el único hijo y varón. Siempre se basa en que fue a la guerra y que gracias a eso tenemos lo que tenemos, pero lo que nunca dice es que no volvió el mismo hombre que se fue al campo de batalla. Cuando regresó era una persona diferente. Menos cariñoso, más frío y pensativo. Menos sociable y amoroso. La guerra lo cambió y dejó de tener sueños. Tal vez el ver que tú sí los tienes le recuerde quién era antes y en quién se ha convertido ahora y por eso se desprecie tanto. Porque... no te desprecia a ti, se desprecia a él. Pero nunca lo admitirá. Si tienes que marcharte para ser quien quieres ser, márchate pensando que tienes una madre que se acordará de ti todos los días. Te quiero, hijo.

Entonces la abracé con un fuerte y cálido abrazo. Permanecimos unidos unos minutos. Cuando decidimos dejar de abrazarnos, noté una lágrima en el rostro de mi madre. Contra eso no pude hacer nada sino tragar una saliva que me sabía a espinos y que rasgaba la garganta mientras bajaba. «Buenas noches». Fue lo único que fui capaz de articular. Me marché a mi habitación pensando que tras dormir me levantaría con las ideas más claras, pero ¡cuán equivocado estaba! No podía conciliar ni siquiera cinco minutos de sueño. A mitad de la madrugada me levanté y me tomé un brandy doble con la intención de adormitar las palabras y frases dichas anteriormente y que no me dejaban en paz. Paz... Eso era lo que necesitaba yo. Paz y silencio. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Marcharme a las montañas y comenzar una vida nueva en un lugar donde nadie pudiera juzgarme por lo que soy, donde empezar de nuevo.

Algo cambió en lo más profundo de mí. O el calor del brandy o el pensar en las frías nieves de las montañas me habían ayudado a relajar el torbellino de mi interior y me eché en la cama, pudiendo conciliar el sueño.

Por eso me hallaba allí, en esa caravana en dirección a Wengen. Según me habían dicho, era el pueblo más tranquilo al que puedo

aspirar con mi sueldo y el dinero que había ahorrado. También podría practicar esquí y deportes de montaña. Otra cosa que me atraía mucho de ese lugar es que habían inaugurado en ese año un tren cremallera y me gustaría probarlo ¡Tenía que ser muy emocionante y hermoso!».

Mientras estaba sumido en sus pensamientos, el cochero paró y se bajó de su pescante para dirigirse a ellos.

—Lo lamento, pero, como pueden notar, está nevando copiosamente. El camino está embarrado y los caballos necesitan ayuda para subir esta ligera cuesta, ya que están muy cansados. Si no quieren hacer el resto del viaje a pie, les pido que bajen y ayuden a empujar hasta que terminemos de subir. Después todo es cuesta abajo y el pueblo está muy cerca.

—¡Eso es horrible! ¿Cómo me vais a pedir que yo, una señora, me ponga a empujar el carruaje como si fuese un mozo de cuadra? ¿Acaso no hay respeto por las mujeres hoy en día? —la mujer exageraba todo lo que decía con grandes gestos de brazos y manos.

—Señora, no es por nada que les pido a los tres que echen una mano. Mis caballos están agotados y prácticamente no se tienen en pie. Si no quiere empujar, siempre puede coger su baúl de pertenencias, en el que seguro que guarda hermosos trajes como el que lleva puesto. Seguramente no está dispuesta a ensuciarse mientras lleva la carga a la espalda el camino que queda, con la oscuridad sobre su ilustre cabeza y pies, mientras ronda algún que otro bribón en busca de dinero fácil. ¿Qué le parece?

La mujer, aunque se sentía insultada por las palabras del cochero, con la boca abierta y con un gesto que se podía hallar entre el mayor desprecio y la más infame repugnancia, bajó rápidamente del coche, seguida de su esposo y Parsifal.

La temperatura en el exterior era baja. El vaho se podía ver al trasluz de los faroles que utilizaba el cochero para intentar iluminar el camino en una noche tan cerrada como esta. La verdad es que Parsifal pensaba que era más fácil palpar el camino que verlo con

la luz de los farolillos, pero no era quién para juzgar al cochero de cómo ejecutaba su trabajo.

Una vez satisfecho de verlos a los tres fuera del coche, les pidió que se pusieran en la parte trasera para empujarlo. Él se puso junto a los caballos y tiraba de ellos mientras les daba con la fusta para que no se viniesen abajo. El carro comenzó a moverse lentamente. Luego con un poco más de velocidad. El trío empujaba llenándose de barro los pantalones y la señora, la falda. Pronto se les pasó el frío y comenzaron, tras entrar en calor, a sudar. La cuesta, a pesar de tener una pendiente ligera, se les hacía eterna, pero de pronto, y para su grata sorpresa, llegaron al final de esta, parando el cochero.

—He de decirles que para ser un trío de ricachones lo han hecho muy bien. Ahora monten y recupérense el resto del camino. Para su alegría he de decirles que quedará una media hora para llegar a Thun y guarecernos de la nieve, cenar y, si les es de mucha necesidad, cambiarse de ropa.

Tras sacudirse la nieve de los hombros y cabeza, se quitaron un poco de barro de las prendas de vestir. Acto seguido se montaron en la caravana. Se sentían dichosos de haber terminado de empujar y ser llevados en el confort que daba el sentirse protegidos de los elementos que ahora azotaban al cochero. Este iba bien guarecido bajo su gorro, su gruesa bufanda y abrigo de lana, como si de una tortuga se tratase, ya que apenas se le veían los ojos entre la ropa.

Tal y como dijo el infatigable cochero, en una media hora llegaron a Thun, donde pararon en una posada para descansar.

La posada, llamada Licht in der Nacht, se presentaba acogedora como un abrazo de madre. Los cuatro entraron en el interior, mientras de las cuadras salió un joven mozo que recogió los dos caballos y los llevó dentro de estas para darles de comer una buena cantidad de avena; se lo habían merecido. Los viajeros se acomodaron en una mesa. A la pareja de viaje les habría gustado más limpia, pero para Parsifal estaba en su justa medida. No se podía exigir total limpieza cuando habías entrado llenando el suelo de barro. Se sentía feliz de ver que su vida ya estaba cambiando. El

ambiente en la posada era casi sofocante debido al fuego que ardía en el hogar. De la chimenea se escapaba un humo de aroma dulce a madera resinosa que alegraba el olfato.

Pronto llegó el mesonero y les dijo los alimentos de los que disponía. Parsifal pidió pescado fresco a la plancha con hierbas del lugar y un poco de vino de la tierra. Les debió parecer muy buena idea a sus compañeros de viaje, ya que pidieron lo mismo, además de un poco de queso alpino. ¡Una auténtica exquisitez! Al cochero, que se había sentado en una mesa aparte junto al fuego, le habían puesto de comer tocino y costillas a la brasa junto con patatas y verduras como guarnición. Sabían tratar a los cocheros que necesitaban ración doble de calorías para aguantar los viajes, sobre todo en invierno.

Tomaron una copa de licor de hierbas que parecía más bien alcohol puro, pero que tras el segundo trago se empezaba a apreciar mejor. El calor del hogar, junto con el de la copa del brebaje que con tanta euforia les habían ofrecido en la posada, les hizo coger confianza. Era ahora cuando comenzaron a hablar distendido sobre los planes de cada uno. Ellos casi habían llegado a su destino, a Hilterfingen, el siguiente pueblo a las orillas del lago Thun donde pasaban los inviernos con su familia. Parsifal les comentó que iba a Wengen con la idea de empezar una nueva vida allí y disfrutar de la paz y tranquilidad que solo pueden dar las montañas. Al oír eso, la pareja se miró mutuamente y se revolvió en los asientos. Extrañado, preguntó Parsifal si ocurría algo con aquel sitio y le contestaron:

—¿Me permites que te tutee? —tras la afirmación con la cabeza prosiguió—. Mira, Parsifal, se oyen muchos rumores de aquella zona, cosas extrañas. No podría decirte que no es un buen lugar para vivir porque no tengo pruebas contundentes, pero desde que hicieron el manicomio en 1820, año de Nuestro Señor, ha habido muchos casos de gente enferma por allí. Es lo único que puedo decirte.

—Es la primera noticia que oigo al respecto —les dijo sin hacer mucho caso.

—Nosotros tenemos algo más de información porque somos casi vecinos y por estas tierras todo se sabe. Es muy difícil guardar un secreto, pero bueno, eres libre de elegir el sitio donde vivir. Si ves que no te va bien en Wengen, siempre puedes pasarte por Hilterfingen, donde tendrás dos buenos amigos.

—Gracias, de verdad. Pero aquello no puede ser más que un paraíso. Un lugar sin tráfico rodado, a unos mil doscientos metros a los pies del monte Mönch y a cuatrocientos metros sobre el valle de Lauterbrunnen, debe tener una vista preciosa. Pura paz y tranquilidad. Un lugar de reposo para las almas abatidas como la mía. Sobre lo que me decís del manicomio, lo investigaré, pero me parece a mí que son chismes de pueblos, habladorías de la gente.

—Sea como dices. No te deseamos nada malo, pero, como te hemos dicho antes, si piensas que no vas a estar bien, vuelve con nosotros. Y... creo que es hora de retirarnos. Yo personalmente estoy muy cansado y por cómo se le caen los párpados a mi esposa, creo que ella también. ¡Hasta mañana, Parsifal! Que descanses bien —terminó diciendo el esposo mientras cogía de la mano a su mujer y la ayudaba a levantarse. Demasiado licor de hierbas.

Parsifal también se dispuso a retirarse a su habitación para descansar, pero le habían dejado una duda en su mente que haría que le costase coger el sueño, a pesar del cansancio. ¿Sería verdad que había problemas con ese manicomio del que le hablaron? Pensando en eso, se quitó la ropa y se preparó para arroparse con las pesadas mantas de lana, como las que utilizaban los pastores en el campo cuando caía el frío a principios de otoño.

Poco a poco el cansancio le iba ganando la partida a la curiosidad, quedando profundamente dormido. Al día siguiente continuaría su viaje hacia un paraíso en la nieve, Wengen.

Día 15 de diciembre del año de Nuestro Señor 1893

La mañana se presentó como un ladrón, de sorpresa. La luz del alba entraba por la ventana, hiriendo sus cansados ojos con espadas del resplandor solar, obligándole a levantarse. De todos modos, incluso si no le hubiese despertado la noble mañana con su aura, lo habría hecho el cochero llamando a su puerta minutos después. La aporreaba como un terremoto golpea la tierra, con insistencia. Parsifal se vistió con prisa. Quería desayunar algo antes de partir; su estómago se lo suplicaba.

Una vez abajo, en el comedor, se sentó en la misma mesa donde habían cenado a esperar que le atendiese el mesonero. No había mucha gente, solo dos hombres con aspecto de montañeros por su indumentaria, la barba poblada del mayor y las caras quemadas por el aire frío de ambos.

Tanto estaba fijándose en ellos que el mesonero le pilló de sorpresa, dándole un sobresalto al acercarse para tomar nota.

—¿Desea algo el señor para desayunar? —le dijo con acento tosco y cerrado.

Fijándose en el hombre, notó que tenía el pelo trigueño y alborotado. Sus patillas anchas bajaban a una barba cerrada rubia con canas. Sus ojos eran marrones, algo extraño en esa zona. Posiblemente se debía a unos ancestros que mestizaran su linaje. Vestía un chaleco de color naranja con dibujos bordados en varios colores

de formas simétricas sobre una camisa que en algún momento fue blanca, pero que ahora era casi parda por el uso. La llevaba remangada, mostrando unos brazos fuertes y muy velludos.

—Señor, ¿le ocurre algo? —le preguntó.

Se le había vuelto a ir el santo al cielo. Se había levantado obtuso y un tanto bloqueado. Le costaba mantener la atención.

—Eeeh, sí. ¿Qué me recomienda? —intentó parecer seguro de sí mismo cuando le habló, pero no era capaz de mirarle a los ojos.

—Le iba a recomendar un vaso de leche caliente de nuestras cabras recién ordeñada, pero lo veo un poco perdido, por lo que le sugiero una taza de café y un poco de panceta a la plancha para recuperar fuerzas y mantenerse alerta. ¿Le parece bien al señor?

—Sí, sí. Me parece buena idea. Aunque podría ponerme un poco de queso alpino también. Me he levantado famélico.

—Eso es el aire de la montaña. Usted no es de por aquí. Su acento diría yo que es de... ¿Berna, puede ser?

—Sí, propiamente dicho del mismo centro de Berna.

—¿Viene de negocios o acaso a pasar el invierno? Disculpe mi falta de modales, pero siento curiosidad, si no le molesta contestar a este mesonero —aunque sabía que estaba haciendo mal según la forma de comportarse de la gente de las montañas, muy calladas y respetuosas. Pero el trato con el público le había viciado el carácter.

—Tranquilo, no me importa. Vengo a empezar una nueva vida. A ser posible me gustaría hacerlo en Wengen. Según me han comentado, es un sitio bellísimo y lleno de paz y tranquilidad.

—Sí, eso me pareció escuchar ayer. Pobre... —dijo sin darse cuenta por lo bajo. Cuando se percató de que sus palabras delataban su mente, dijo en voz más fuerte de lo normal—: ¡Tiene razón, es un sitio muy hermoso, ideal para esquiar!

Pero Parsifal había captado sus primeras palabras, y le habían dejado mal sabor de boca. Cuando iba a replicarle sobre esto, el mesonero ya se había dado la vuelta, dando la comanda a la cocinera. Su idea era llamarle y pedirle explicaciones, pero en ese momento llegaron sus vecinos de viaje con los rostros aún sonrosados de la almohada.

—¡Buenos días, Parsifal! Te veo muy bien esta mañana. ¿Has pedido ya de desayunar?

—Sí —le contestó sin quitarle los ojos de encima al mesonero. Para su dicha, se acercaba de nuevo para tomar la comanda a sus compañeros de mesa.

—¿Qué desean desayunar los señores? —dijo sin quitarle la vista, por el rabillo del ojo, a Parsifal.

—Cariño, ¿qué quieres tomar? —le dijo a su señora.

—Yo un vaso de leche de cabra de la que tenéis recién ordeñada. Nada más.

—Pues yo lo mismo, pero además me tuesta unas rebanadas de pan y, si es posible, le pone queso alpino. ¡Siempre me ha gustado empezar así el día, con un buen desayuno!

—No se equivoca, señor, es un desayuno puramente montañés. Si no desean nada más, estaré en la cocina dando la comanda.

Otra vez se le escurría, como la arena entre los dedos. Algo escondía y no quería decírselo, pensaba.

En breve comenzó a traer el café y los vasos de leche muy caliente con rapidez. La mujer bebió un sorbito y se llenó el labio superior de espuma. Hizo un ligero gesto con la cabeza, le traía recuerdos de su infancia.

—¿Puede ponerme un poco de miel, por favor? —le pidió ella al posadero.

—Por supuesto, aquí tiene —dispuso este al momento un bote de miel mil flores, casi cuajada por su pureza y el frío.

La señora cogió una cuchara grande y la hincó en la preciada miel, tomando una buena porción del producto. Luego la vertió en el vaso y removió con cierta ansia en los ojos la mezcla hasta diluirla toda. Posteriormente cogió con ambas manos el vaso caliente, sorbió de él y sonrió levemente con los ojos cerrados. Asintió dando su visto bueno al producto.

—No hay nada como un buen vaso de leche de cabra recién ordeñada. ¡Revive el alma! —expresó la señora gustosamente, dirigiéndose a su marido.

—Tienes razón, cariño, pero si la acompañamos con las rebanadas de pan y queso que me voy a comer, mejor que mejor. ¿Qué vas a tomar tú, Parsifal, aparte de ese café que tan bien huele? Es que el aroma te despierta con solo olfatearlo.

—Pues un poco de panceta y queso —le contestó mirando la taza de café, ya que más que una taza parecía un cubo; tan grande era su tamaño.

Lo probó y se despejó casi al instante. El café era muy fuerte. Su compañero comenzó a reírse a carcajadas ante su forma de actuar.

—Como te he dicho, ¡este café resucita a un muerto!

Poco después llegaron los alimentos sólidos y los disfrutaron en un santiamén, justo a tiempo, ya que el cochero los esperaba en el pescante, listo para el último tramo del viaje. El día se había despertado reluciente. Como un diamante pulido se levantaba el sol en el horizonte, saludándolos.

Montaron en la caravana y los caballos comenzaron a dar el trote con bríos renovados. Nadie diría que eran los mismos que llegaron sin vida la noche anterior.